

ESPETISMOS

POEMAS ENTRE EL SUELO Y EL CIELO

JOSÉ MARÍA PLAZA



ILUSTRACIONES DE
AGATHA RUIZ DE LA PRADA

ESPETISMOS

POEMAS ENTRE EL SUELO Y EL CIELO

JOSÉ MARÍA PLAZA

ESPETISMOS

POEMAS ENTRE EL SUELO Y EL CIELO

ILUSTRACIONES DE
AGATHA RUIZ DE LA PRADA

edebé

COMBATE DE VERSOS

Los primeros poemas de la Historia, los poemas antiguos, nacieron con música incorporada, porque la poesía y la música eran una misma cosa.

En la Edad Media los trovadores y los nobles (cuando no estaban peleando) cantaban a las damas ingeniosas canciones o poesías líricas, que se han recogido en los llamados Cancioneros y ahí podemos leerlas aún, pero no cantarlas, pues su música se ha perdido: “La caza de amor / es de altanería: / trabajos de día, / de noche dolor. / Halcón cazador / con garza tan fiera / peligros espera...”.

El pueblo también hacía sus propias poesías, más sencillas y repetitivas, como si tuviesen estribillo: “Al alba venid, amigo, / al alba venid. / Amigo, el que yo más amaba, / venid a la luz del alba. / Venid a la luz del día, / no traigáis compañía”.

Existían, además, los juglares, que narraban las andanzas de héroes, como el Cid, en largas historias, que se escribían rimadas para recordarlas mejor, acompañadas con una leve música de fondo.

Todo esto fue en la Edad Media, en el tiempo de los caballeros, los duelos, los reyes y los nobles y los castillos. Una época antigua, pero la poesía es aún más antigua, ya que existe desde el comienzo de los tiempos.

La poesía está en el aire, y siempre asociada a la música, al ritmo. También ahora cuando un cantante escribe una canción cuya letra emociona y parece

bonita, se dice: “Hmmm, es una poesía!”. Ya lo ves, la poesía la tenemos aquí al lado. Y la poesía es, como ya hemos repetido, ritmo, juego, historias... Ah, y también pensamiento: reflexiones sobre nosotros mismos y sobre la vida, como verás en estas páginas. Pero ahora vayamos al juego.

En la antología anterior relataba alguna anécdota colegial de mi niñez y decía que, en clase, cuando nos leían un poema gracioso, intentábamos hacer nosotros otro parecido. Es normal. Estábamos aprendiendo y hay dos elementos importantes que nos sirven para aprender: la curiosidad y la imitación. Si entonces imitábamos los versos que leíamos, en cursos posteriores nos dedicamos directamente a escribir poemas más personales. Había que destacar, dejarse notar. Ya no importaba tanto la imitación como la libertad y el ingenio. Eso sí, seguíamos fijándonos en los poemas conocidos para tratar de inspirarnos. Eran una referencia para no empezar desde cero, en el vacío.

No había ninguna obligación por hacer poemas, pero para nosotros era un desafío. O mejor dicho, un juego. Y también, una aventura.

Todo empezó, como la mayoría de las cosas que suceden, de lo más normal: un día, que me estaba aburriendo en clase de Lengua, escribí unos versos muy rimados, metiéndome *amablemente* con el

cabezón del compañero que tenía delante. Como me pareció muy ingenioso se lo dejé leer a los amigos, quienes se sintieron sorprendidos, y algunos quisieron hacer sus propios comentarios en verso sobre otros compañeros. Uno, incluso, se metió conmigo, pero había que aceptar las reglas del juego.

Ese sarampión poético, como si fuese una bola de nieve rodante, fue creciendo y llegó un momento en que todos los de la clase habíamos escrito los unos sobre los otros, y lo que surgió espontáneamente como un juego se convirtió en una especie de guerra (literaria) y de bolas de papel con mensaje dentro, que nos arrojábamos mutuamente.

Podía parecer absurdo pelearnos entre nosotros, pero era algo propio de la edad, así que decidimos seguir jugando, avanzar un poco más, y se nos ocurrió hacer una competición de versos con un tema muy concreto: los profesores.

-¡Qué buena idea!

Esa fue la opinión de la mayoría.

Comenzamos con “el hueso”, el de Ciencias, que le llamábamos así porque era un tipo alto, flaco y demasiado exigente, un “hueso” duro de roer que siempre iba con bata blanca. Seguimos con la profesora de Lengua, la más simpática, y así sucesivamente.

De pronto, los profesores se convirtieron en nuestra diana favorita, y aquellos versos (bastante malos) servían para demostrar lo ingeniosos que éramos, lo

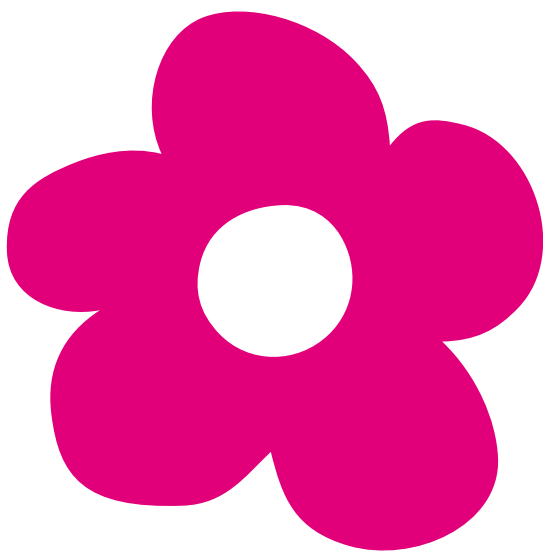
bien que rimábamos y también, para desahogarnos un poco si nos habían puesto mala nota ese trimestre. De esa manera tan inocente y tan sin darnos cuenta fuimos entrando en la poesía, algo que nos vendría muy bien cursos después, cuando ya nos fijábamos en alguna chica e intentamos hacerle algún verso para demostrarle que también nosotros éramos *especiales*. “¿Qué palabra rima con Alba? Calva. Sí, pero ella tiene mucho pelo. Pues pon que no está calva. Es que no me parece muy p^oético. Ya..., pues, fijate en Leonor, que tienes la rima más fácil: flor, color, amor... Ah, no, yo no quiero decirle nada de amor, qué horror... Pero ¿te gusta o no te gusta? ¿Quién, Alba o Leonor? ¡Tu prima! Bueno, es que...”

Como ves, este sería uno de esos diálogos ligeros que tendríamos más adelante, según fuimos creciendo.

Pero no te quería contar mi vida, sino hablarte de la poesía y las poesías, y veo que me he extendido demasiado sin casi entrar en el tema. Así que, como es ya demasiado tarde, prefiero callarme y que vayas directamente a los poemas de esta antología, que llevan tiempo esperándote.

Luego me cuentas...

José María Plaza



CRISTALES

BUENOS DÍAS

Amanecer:

la vida nos dibuja
con un pincel.

PAISAJE EN EL TINTERO

Miro por la ventana
y escribo en mi cuaderno:
el paisaje está fuera
y a la vez aquí dentro.

La luz mancha la página
debajo de mis dedos.
Los pájaros son letras
escritas en el viento.

Las huellas del camino,
palabras que me dicen
si estás cerca o vas lejos.

Un arroyo murmura
dentro de mi tintero.

De pronto, cae la lluvia.
Borrón y cuento nuevo.

Juan Carlos Martín Ramos

